

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

5 de mayo de 2024

Sólo da fruto quien
permanece unido a Jesús



28 de abril de 2024 - El Papa Francisco en Venecia

28 de abril de 2024 - El Papa Francisco en Venecia

El encuentro con las presas de la Giudecca

No quitar la dignidad sino dar nuevas posibilidades

El Papa Francisco en Venecia. A las 6.32 de la mañana del domingo 28 de abril, el Papa Francisco partió en helicóptero desde el helipuerto vaticano para realizar una visita pastoral a Venecia. A su llegada a la Laguna, a las 7.55 horas, tras aterrizar en la plaza interior de la cárcel de mujeres de la Giudecca, el Pontífice -en presencia de monseñor Leonardo Sapienza, regente de la Prefectura de la Casa Pontificia- fue recibido por el Patriarca Francesco Moraglia, el ministro italiano de Justicia, Carlo Nordio, y tres mujeres de la Administración Penitenciaria: Rosella Santoro, fiscal; Mariagrazia Felicita Bregoli, directora del centro; y Lara Boco, comandante de la Policía Penitenciaria. Al reunirse con las reclusas, en presencia también de personal administrativo, funcionarios de custodia y algunos voluntarios, el Obispo de Roma pronunció el siguiente discurso.

Queridas hermanas y queridos hermanos! Todos somos hermanos, todos, y nadie puede renegar del otro, ¡nadie! Saludo a todos con afecto, y especialmente a vosotras, hermanas, internas de la Casa de Detención Giudecca. He querido encontrarme con ustedes al inicio de mi visita a Venecia para decirles que ocupan un lugar especial en mi corazón. Por eso, quisiera que viviéramos este momento no tanto como una "visita oficial", sino como un encuentro en el que, por la gracia de Dios, nos regalamos tiempo, oración, cercanía y afecto fraterno. Hoy todos saldremos de este patio más enriquecidos - quizá el que salga más rico sea yo - y el

bien que intercambiaremos será precioso.

Es el Señor quien nos quiere juntos en este momento, habiendo llegado por caminos diferentes, algunos muy dolorosos, también a causa de errores por los que, de diversas maneras, cada uno lleva heridas y cicatrices, cada uno lleva cicatrices. Y Dios nos quiere juntos porque sabe que cada uno de nosotros, aquí, hoy, tiene algo único que dar y que recibir, y que todos lo necesitamos. Cada uno de nosotros tiene su propia singularidad, tiene un don y éste es para ofrecerlo, para compartirlo.

La cárcel es una dura realidad, y problemas como el hacinamiento, la falta de instalaciones y recursos y los episodios de violencia generan mucho sufrimiento en ella. Sin embargo, también puede convertirse en un lugar de renacimiento, renacimiento tanto moral como material, donde la dignidad de mujeres y hombres no se "incomunica", sino que se fomenta a través del respeto mutuo y el cultivo de talentos y capacidades, quizá dormidos o aprisionados por las vicisitudes de la vida, pero que pueden resurgir para el bien de todos y que merecen atención y confianza. Nadie le quita la dignidad a una persona, ¡nadie!

Entonces, paradójicamente, la estancia en una cárcel puede marcar el comienzo de algo nuevo, a través del redescubrimiento de una belleza insospechada en nosotros mismos



y en los demás, como simboliza el acontecimiento artístico que acogen y a cuyo proyecto contribuyen activamente; puede llegar a ser como una obra de reconstrucción, en la que uno puede mirar y evaluar con valentía su propia vida, eliminar lo que no es necesario, lo que estorba, perjudica o es peligroso, trazar un plan y volver a empezar cavando cimientos y volviendo atrás, a la luz de las propias experiencias, para poner ladrillo sobre ladrillo, juntos, con determinación. Por eso es fundamental que el sistema penitenciario también ofrezca a los presos y reclusos herramientas y espacios de crecimiento humano, de crecimiento espiritual, cultural y profesional, creando las condiciones para su sana reinserción. Por favor, no "aislar la dignidad", ¡no ai-

slar la dignidad sino dar nuevas posibilidades!

No olvidemos que todos tenemos errores que perdonar y heridas que sanar, yo también, y que todos podemos llegar a ser sanados que llevan la sanación, perdonados que llevan perdón, renacidos que llevan renacimiento.

Queridos amigos, renovemos hoy, ustedes y yo, juntos, nuestra confianza en el futuro: no cerrar la ventana, por favor, mirar siempre al horizonte, mirar siempre al futuro, con esperanza. Me gusta pensar en la esperanza como un ancla, ya saben, que está anclada en el futuro, y nosotros sostenemos la cuerda en nuestras manos y avanzamos con la cuerda anclada en el futuro: Decidámonos a comenzar cada día diciendo: "hoy es el momento oportuno", hoy, "hoy es

el día justo" hoy (cf. 2 Co 6,2), "hoy empiezo de nuevo", ¡siempre, para toda la vida! Les agradezco este encuentro y les aseguro mis oraciones para cada una de ustedes. Y ustedes, recen por mí, ¡pero a favor, no en contra! Y este es el don que les dejo. Miren, es un poco como la ternura de la madre, y esta ternura María la tiene con todos nosotros, con todos nosotros, ella es la madre de la ternura. Gracias.

[Intercambio de dones y saludos a las detenidas]

¡Y ahora me echan! ¡Gracias, muchas gracias, me acordaré de ustedes! ¡Y adelante y ánimo, no se rindan, ánimo y adelante!

ANDREA TORNIELLI
Director editorial

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

L'OSSERVATORE
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non praevalerunt

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo@spc.va

28 de abril de 2024 - El Papa Francisco en Venecia

Con artistas en la Iglesia de la Magdalena

Una red de «ciudades-refugio» donde nadie es extranjero

Al término del encuentro con las reclusas en el patio interior de la cárcel, Francisco se dirigió a la iglesia de la Maddalena (que es la capilla de la cárcel de la Giudecca) para el encuentro con los artistas. Allí fue recibido por el cardenal José Tolentino de Mendonça, prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación y comisario del Pabellón de la Santa Sede en la Bienal de Arte de Venecia. Tras el saludo del cardenal, el Pontífice pronunció el siguiente discurso.

Señor Cardenal, Excelencias

Señor Ministro

Señor Presidente,

Distinguidos Comisarios,

¡Queridos artistas!

Tenía muchas ganas de venir a la Bienal de Arte de Venecia para corresponder a una visita, como es buena costumbre entre amigos. El pasado mes de junio tuve la alegría de recibir en la Capilla Sixtina a un nutrido grupo de artistas. Ahora vengo "a vuestra casa" para conocerles personalmente, para sentirme aún más cerca de ustedes y, de este modo, agradecerles lo que son y lo que hacen. Y, al mismo tiempo, desde aquí quiero enviar a todos este mensaje: el mundo necesita artistas. Lo demuestra la multitud de personas de todas las edades que frecuentan los lugares y eventos artísticos; me gusta recordar entre ellos las Capillas Vaticanas, el primer Pabellón de la Santa Sede construido hace seis años en la Isla de San Giorgio, en colaboración con la Fundación Cini, en el marco de la Bienal de Arquitectura.

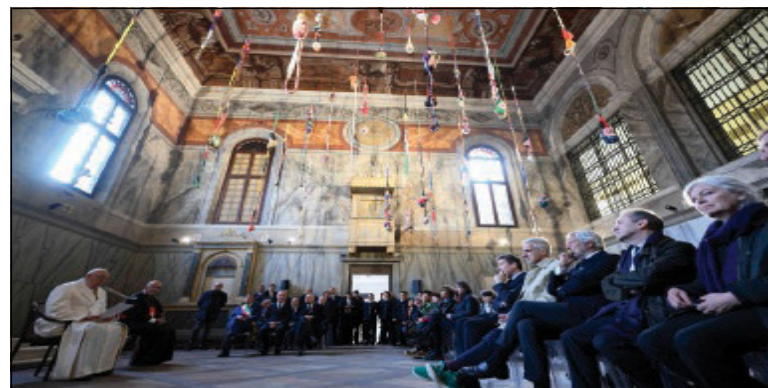
Confieso que a su lado no me siento como un extraño: me siento en casa. Y creo que esto se aplica en realidad a todos los seres humanos, porque, a todos los efectos, el arte

tiene la condición de "ciudad refugio", una entidad que desobedece el régimen de violencia y discriminación para crear formas de pertenencia humana capaces de reconocer, incluir, proteger, abrazar a todos. A todos, empezando por los últimos.

Las ciudades refugio son una institución bíblica, ya mencionada en el código deuteronomico (cf. Dt 4, 41), destinada a evitar el derramamiento de sangre inocente y a moderar el ciego deseo de venganza, a garantizar la protección de los derechos humanos y a buscar formas de reconciliación. Sería importante que las diversas prácticas artísticas se establecieran en todas partes como una especie de red de ciudades de refugio, trabajando juntas para librar al mundo de las antinomias vacías y sin sentido que pretenden imponerse en el racismo, la xenofobia, la desigualdad, el desequilibrio ecológico y la aporofobia, este terrible neologismo que significa "fobia a los pobres". Detrás de estas antinomias está siempre el rechazo del otro. Está el egoísmo que nos hace funcionar como islas solitarias en lugar de archipiélagos colaborativos. Les imploro, compañeros artistas, que imaginen ciudades que aún no existen en el mapa: ciudades en las que ningún ser humano es considerado un extraño. Por eso, cuando decimos "extraños en todas partes", estamos proponiendo "hermanos en todas partes".

El título del pabellón en el que estamos es "Con mis ojos". Todos tenemos necesidad de ser mirados y de atrevernos a mirarnos a nosotros mismos. En esto, Jesús es el Maestro perenne: mira a todos con la in-

tensidad de un amor que no juzga, sino que sabe estar cerca y animar. Y yo diría que el arte nos educa a este tipo de mirada, no posesiva, no cosificadora, pero tampoco indiferente, superficial; nos educa a una mirada contemplativa. Los artistas están en el mundo, pero están llamados a ir más allá. Por ejemplo, hoy más que nunca es urgente que sepan distinguir claramente el arte del mercado. Por supuesto, el mercado promueve y canoniza, pero siempre existe el riesgo de que "vampirice" la creatividad, robe la inocencia y, finalmente, instruya fríamente sobre lo que hay que hacer.



Hoy hemos elegido reunirnos todos aquí, en la cárcel de mujeres de la Giudecca. Es cierto que nadie tiene el monopolio del dolor humano. Pero hay una alegría y un sufrimiento que se unen en lo femenino de forma única y que debemos escuchar, porque tienen algo importante que enseñarnos. Pienso en artistas como Frida Khalo, Corita Kent o Louise Bourgeois y muchas otras. Espero de todo corazón que el arte contemporáneo pueda abrirnos los ojos, ayudándonos a

valorar adecuadamente la contribución de las mujeres, como coprotagonistas de la aventura humana. Queridos artistas, recuerdo la pregunta que Jesús dirigió a la multitud, a propósito de Juan el Bautista: «¿Qué fueron a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué fueron a ver? (Mt 11,7-8). Guardemos esta pregunta en el corazón, en nuestro corazón. Nos impulsa hacia el futuro. ¡Gracias! Los llevo en la oración. Y por favor, recen por mí. Gracias.

Con los jóvenes delante de la Basílica de la Salud Revolucionarios de la gratuidad

En la mañana del domingo 28 de abril, durante su visita pastoral a Venecia, el Papa Francisco se reunió con unos 1.500 jóvenes del Patriarcado y de las diócesis de la región del Véneto en la plaza situada frente a la Basílica de la Salud. Tras dar un paseo en coche eléctrico entre los presentes, el Pontífice escuchó las palabras de saludo que le dirigieron algunos jóvenes, y después pronunció su tercer discurso del día. Publicamos, a continuación, el texto.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! ¡Hasta el sol sonrío!

¡Me alegro de verles! Encontrarnos juntos nos permite compartir, aunque sólo sea a través de una oración, una mirada y una sonrisa, la maravilla que somos. Porque todos hemos recibido un gran don, el de ser hijos predilectos de Dios, y estamos llamados a realizar el sueño del Señor: ser testigos y experimentar su alegría. No hay cosa más hermosa. No sé si ustedes han tenido alguna experiencia tan hermosa que no pueden guardársela para sí mismos, sino que

sienten la necesidad de compartirla. Todos tenemos esa experiencia, una experiencia tan hermosa que uno siente la necesidad de compartirla. Hoy estamos aquí para eso: para redescubrir en el Señor la belleza que somos y para alegrarnos en el nombre de Jesús, el Dios joven que ama a los jóvenes y que siempre sorprende. Nuestro Dios siempre nos sorprende. ¿Lo han entendido? Es muy importante estar preparados para las sorpresas de Dios.

Amigos, aquí en Venecia, ciudad de la belleza, vivimos juntos un hermoso momento de encuentro, pero esta noche, cuando cada uno está en su casa, y luego mañana y en los días que vendrán, ¿de dónde partimos para acoger la belleza que somos y alimentarla, por dónde empezar para captar esta belleza? Sugiero dos verbos, para volver a empezar, dos verbos prácticos porque son maternos: dos verbos de movimien-

28 de abril de 2024 - El Papa Francisco en Venecia

Revolucionarios de la gratuidad

VIENE DE LA PÁGINA 3

to que animaron el corazón joven de María, Madre de Dios y nuestra. Ella, para difundir la alegría del Señor y ayudar a los necesitados, «se levantó y se fue» (Lc 1,39). Levantarse e ir. No olvidar estos dos verbos que la Virgen vivió antes de nosotros. En primer lugar, levántate. Levántate del suelo, porque estamos hechos para el Cielo. Levántate de las penas para mirar hacia arriba. Levantarse para estar ante la vida, no sentarse en el sofá. ¿Han pensado, imaginado, cómo es un joven toda la vida sentado en el sofá? ¿Han imaginado esto? Imagínense esto; y hay diferentes sofás que nos agarran y no nos dejan levantarnos. Levantarse para decir «¡Aquí estoy!» al Señor, que cree en nosotros. Levantarse para acoger el don que somos, para reconocer, antes que nada, que somos preciosos e insustituibles. "Pero Padre, Papa o Señor Papa, no, eso no es verdad, yo soy feo, yo soy fea...". No, no, nadie es feo y cada uno de nosotros es hermoso y tiene un tesoro dentro, un hermoso tesoro para compartir y dar a los demás. ¿Están de acuerdo con esto o no? ¿Sí están de acuerdo? Y esto, escuchen bien, no es autoestima, no, ¡es realidad! Reconocerlo es el primer paso que das por la mañana al levantarte: sales de la cama y te acoges como un regalo. Te levantas y, antes de sumergirte en las cosas que tienes que hacer, reconoces quién eres dando gracias al Señor. Le dices: «Dios mío, gracias por la vida. Dios mío, haz que me enamore de mi vida». Reconoce quién eres tú y da gracias al Señor. Puedes decirle: "Dios mío, gracias por la vida. Dios mío, haz que me enamore de la vida, de mi vida. Dios mío, Tú eres mi vida. Dios mío,

ayúdame hoy por esto, por esto otro... Ya sabes, Dios mío, estoy enamorado, estoy enamorado, ayúdame, ayúdame a que este amor crezca y acabe en una pareja feliz". Muchas cosas hermosas se le pueden decir siempre al Señor. Luego rezas el Padrenuestro, donde la primera palabra es la clave de la alegría: dices «Padre» y te reconoces hijo amado, hija amada. Te recuerdas que para Dios no eres un perfil digital, sino un hijo, que tienes un Padre en el cielo y que, por tanto,



eres hijo del cielo. "¡Pero, padre, eso es demasiado romántico!" No, es la realidad, querido o querida, pero debemos descubrirla en nuestra vida, no en los libros, en la vida, nuestra vida. Sin embargo, a menudo nos encontramos luchando contra una fuerza de gravedad negativa que tira de nosotros hacia abajo, una inercia opresiva que quiere que lo veamos todo gris. A veces nos pasa esto. ¿Cómo lo hacemos? Para levantarnos -no lo olvidemos- ante todo debemos dejarnos levantar: dejar que nos lleve de la mano el Señor, que nunca defrauda a los

que confían en Él, que siempre levanta y perdona. «Pero yo - dirá usted - no estoy a la altura: me percibo frágil, débil, pecador, ¡a menudo caigo!». Pero cuando te sientas así, cambia de «marco»: no te mires con tus propios ojos, sino piensa en la mirada con la que Dios te mira. Cuando cometes un error y caes, ¿qué hace Él? Se queda ahí, a tu lado, y te sonríe, dispuesto a cogerte de la mano y levantarte. Esto es algo muy hermoso: siempre está ahí para levantarte.

Les diré algo que esto me sugiere. ¿Está bien mirarle a uno desde arriba hacia abajo, por encima del hombro? ¿Está bien o no? No, no está bien. Pero, ¿cuándo se puede mirar a una persona por encima del hombro? Para ayudarla a levantarse. La única vez que podemos mirar a una persona desde arriba hacia abajo con belleza, "por encima del hombro", es cuando la ayudamos a levantarse. Y así hace Jesús con nosotros cuando hemos caído. Nos mira desde arriba. Eso es hermoso. ¿No te lo crees? Abre el Evangelio y mira lo que hizo con Pedro, con María Magdalena, con

Zaqueo, con tantos otros: maravillas con sus fragilidades. El Señor hace maravillas con nuestra fragilidad.

Y "en passant": ¿Leen el Evangelio? Les doy un consejo. ¿Tienen un pequeño Evangelio de bolsillo? Llévenlo siempre con ustedes y, en cualquier momento, ábralo y lean un pequeño pasaje. Siempre lleven con ustedes el pequeño Evangelio de bolsillo. ¿De acuerdo? [respuesta: "¡Sí!"] ¡Vamos, ánimo!

Dios sabe que, además de bellos, somos frágiles, y las dos cosas van juntas: un poco como Venecia, que es espléndida y delicada al mismo tiempo. Es hermosa y delicada, tiene algunas fragilidades que deben cuidarse. Dios no ata nuestros errores en su dedo: "Hiciste eso, hiciste...". No se ata a esto, sino que nos tiende la mano. "Pero, Padre, tengo muchas, muchas cosas de las que me avergüenzo". ¡Pero no te mires a ti, ¡mira la mano que Dios te tiende para levantarte! No lo olvides: si te sientes agobiado por tu conciencia, mira al Señor y deja que te lleve de la mano. Cuando estamos abatidos, Él ve hijos a los que levantar, no malhechores a los que castigar. Por favor, ¡confiemos en el Señor! Esto se está haciendo un poco largo, ¿Se están aburriendo? [respuesta: "¡No!"] ¡Son educados, de acuerdo!

Y, una vez que estamos de pie, depende de nosotros permanecer de pie. Por primera cosa levantarse y luego ponerse de pie, «permanecer» cuando nos apetece sentarnos, soltarnos, dejarnos llevar. No es fácil, pero es el secreto. Sí, el secreto de los grandes logros es la constancia. Es cierto que a veces existe esa fragilidad que te arrastra hacia abajo, pero la perseverancia es lo que te hace avanzar, es el secreto. Hoy vivimos de emociones rápidas, de

sensaciones momentáneas, de instantos que duran instantes. Pero así no se llega lejos. Los campeones deportivos, así como los artistas, los científicos, demuestran que los grandes logros no se alcanzan en un momento, de golpe. Y si esto es cierto para el deporte, el arte y la cultura, con mayor razón lo es para lo que más cuenta en la vida. ¿Que cuenta en la vida? El amor, La fe. Y para crecer en la fe y en el amor, debemos tener perseverancia y seguir siempre adelante. En cambio, aquí el riesgo es dejarlo todo a la improvisación: rezo si me apetece, voy a misa cuando me apetece, hago cosas buenas si me apetece... Esto no da resultados: hay que perseverar, día tras día. Y hacerlo juntos, porque el hacerlo juntos nos ayuda a avanzar. Juntos: el «hazlo tú mismo» en las cosas grandes no funciona. Por eso les digo: no se aislen, busquen a los demás, experimenten a Dios juntos, sigan caminos de grupo sin cansarse. Quizá digas: «Pero todos los que me rodean están solos con sus móviles, pegados a las redes sociales y a los videojuegos». Y tú, sin miedo, vas contracorriente: toma la vida en tus manos, ponte en juego; apaga la tele y abre el Evangelio - ¿es esto demasiado? -, deja el móvil y ¡encuéntrate con la gente! El teléfono móvil es muy útil, para comunicarse, es útil, pero ten cuidado cuando tu teléfono móvil te impida conocer gente. Usa el móvil, está bien, pero ¡conoce gente! Ya sabes lo que es un abrazo, un beso, un apretón de manos: gente. No lo olviden: usen el móvil, pero conozcan gente. Me parece oír tu objeción: «No es fácil, padre, ¡parece que vas contracorriente!». Pero ustedes no pueden decir esto aquí en Venecia,

28 de abril de 2024 - El Papa Francisco en Venecia

Misa en la Plaza de San Marcos

Signo de belleza inclusiva, fraternidad y cuidado de la Creación

Más de diez mil personas asistieron a la misa celebrada por el Papa Francisco en la Plaza de San Marcos, última etapa de su visita pastoral a Venecia. Tras atravesar, junto a una delegación de jóvenes - que habían participado en el encuentro anterior- el puente de pontones habilitado para conectar la Basílica de la Salud con la histórica plaza veneciana, el Santo Padre fue recibido en San Marcos por el presidente de la Región del Véneto, Luca Zaia, el prefecto de Venecia, Darco Pello, y el alcalde de la ciudad, Luigi Brugnaro. A continuación, presidió la Eucaristía del V Domingo de Pascua, pronunciando la homilía que publicamos a continuación.

Jesús es la vid, nosotros los sarmientos. Y Dios, Padre misericordioso y bueno, como un agricultor paciente, nos trabaja con esmero para que nuestra vida se llene de frutos. Por eso Jesús nos recomienda que apreciemos el don inestimable que es el vínculo con Él, del que dependen nuestra vida y nuestra fecundidad. Repite con insistencia: «Permaneced en mí y yo en vosotros... El que permanece en mí y yo en él, da mucho fruto» (Jn 15,4). Sólo da fruto quien permanece unido a Jesús. Reflexionemos sobre ello.

Jesús está a punto de concluir su misión terrena. En la Última Cena con los que serán sus apóstoles, les da, junto con la Eucaristía, algunas palabras clave. Una de ellas es precisamente ésta: «permaneced», mantened vivo el vínculo conmigo, permanecer unidos a mí como los sarmientos a la vid. Con esta imagen, Jesús retoma una metáfora bíblica que el pueblo conocía bien y que también encontraba en la oración, como en el salmo que dice: «Dios de los ejércitos, vuelve / mira desde el cielo y ve / y visita esta viña» (Sal 80,15).

Israel es la viña que el Señor ha plantado y cuidado. Y cuando el pueblo no da los frutos de amor que el Señor espera, el profeta Isaías formula una acusación utilizando precisamente la parábola de un labrador que ha labrado su viña, la ha limpiado de piedras, ha plantado vides finas esperando que produzca buen vino, pero en cambio sólo da uvas inmaduras. Y el profeta concluye: «Pues bien, la viña del Señor de los ejércitos / es la casa de Israel; / los habitantes de Judá / son su plantación predilecta. / Esperaba justicia / y he aquí el derramamiento de sangre, / esperaba justicia / y he aquí los gritos de los oprimidos» (Is 5,7). Jesús mismo, retomando a Isaías, cuenta la dramática parábola de los viñadores asesinos, subrayando el contraste entre la obra paciente de Dios y el rechazo de su pueblo (cf. Mt 21,33-44).

Así, la metáfora de la vid, al tiempo que expresa el cuidado amoroso de Dios por nosotros por otra parte nos advierte, porque si rompemos este vínculo con el Señor, no podremos generar frutos de buena vida y nosotros mismos corremos el peligro de convertirnos en sarmientos secos. Es feo este convertirse en sarmientos secos, esos sarmientos que se desechan. Hermanos y hermanas, con el telón de fondo de la imagen utilizada por Jesús, pienso también en la larga historia que une a Venecia con el trabajo de la vid y la producción de vino, en el cuidado de tantos viticultores y en los numerosos viñedos que surgieron en las islas de la Laguna y en los jardines entre las calles de la ciudad, y en los que comprometían a los monjes en la producción de vino para

sus comunidades. Dentro de este recuerdo, no es difícil captar el mensaje de la parábola de la vid y los sarmientos: la fe en Jesús, el vínculo con Él, no aprisiona nuestra libertad, sino que, al contrario, nos abre para recibir la savia del amor de Dios, que multiplica nuestra alegría, nos cuida con el esmero de un buen viñador y hace brotar sarmientos incluso cuando la tierra de nuestra vida se vuelve árida. Y muchas veces nuestro corazón se vuelve árido.

Pero la metáfora que salió del corazón de Jesús también puede leerse pensando en esta ciudad construida sobre el agua, y reconocida por esta singularidad como uno de los lugares más evocadores del mundo. Venecia es una con las aguas sobre las que se levanta, y sin el cuidado y la protección de este entorno natural podría incluso dejar de existir. Así es también nuestra vida: también nosotros, sumergidos desde tiempos inmemoriales en las fuentes del amor de Dios, hemos sido regenerados en el Bautismo, renacidos a una vida nueva por el agua y el Espíritu Santo, y colocados en Cristo como sarmientos en la vid. En nosotros fluye la savia de este amor. En nosotros fluye la savia de este amor, sin la cual nos convertimos en sarmientos secos que no dan fruto. El Beato Juan Pablo I, cuando era Patriarca de esta ciudad, dijo una vez que Jesús «vino a traer a los hombres la vida eterna [...]». Y continuaba: «Esa vida está en Él y pasa de Él a sus discípulos, como la savia sube del tronco a los sarmientos de la vid. Es agua fresca, que Él da a sus discípulos. Es el agua fresca que él da, un manantial que brota sin cesar» (A. Luciani, Venezia 1975-1976).



Opera Omnia. Discorsi, scritti, articoli, vol. VII, Padua 2011, 158). Hermanos y hermanas, esto es lo que cuenta: permanecer en el Señor, habitar en Él. Pensemos un momento en esto: permanecer en el Señor, habitar en Él. Y este verbo -habitar- no debe interpretarse como algo estático, como si quisiera decirnos que nos quedemos quietos, aparcados en la pasividad; en realidad, nos invita a ponernos en movimiento, porque permanecer en el Señor significa crecer en la relación con Él; siempre permanecer en el Señor significa crecer, crecer en la relación con Él, dialogar con Él, acoger su Palabra, seguirle en el camino hacia el Reino de Dios. Por tanto, se trata de ponernos en camino tras Él: permanecer en el Señor y caminar, ponernos en camino tras Él, dejarnos provocar por su Evangelio y convertirnos en testigos de su amor. Por eso Jesús dice que el que permanece en Él da fruto. Y no es cualquier fruto. El fruto de los sarmientos en los que fluye la savia es la uva, y de la uva sale el vino, que es el signo mesiánico por excelencia. Porque Jesús, el Mesías enviado por el Padre, lleva el vino del amor de Dios al corazón humano y lo llena de alegría y esperanza. Queridos hermanos y hermanas, éste es el fruto que estamos llamados a dar en nuestra vida, en nuestras relaciones, en los lugares que frecuentamos cada día, en nuestra

sociedad, en nuestro trabajo. Si miramos hoy esta ciudad de Venecia, admiramos su encantadora belleza, pero también nos preocupan los numerosos problemas que la amenazan: el cambio climático, que repercute en las aguas de la Laguna y en el territorio; la fragilidad de los edificios, del patrimonio cultural, pero también la de las personas; la dificultad de crear un ambiente a escala humana mediante una gestión adecuada del turismo; y también todo lo que estas realidades corren el riesgo de generar en términos de relaciones sociales deterioradas, individualismo y soledad.

Y nosotros, cristianos, que somos sarmientos unidos a la vid, la vid del Dios que cuida de la humanidad y ha creado el mundo como un jardín para que florezcamos en él y lo hagamos florecer, nosotros los cristianos, ¿cómo respondemos? Permaneciendo unidos a Cristo, podremos dar los frutos del Evangelio en la realidad que habitamos: frutos de justicia y paz, frutos de solidaridad y cuidado mutuo; opciones de cuidado del medio ambiente, pero también del patrimonio humano: no olvidemos el patrimonio humano, la gran humanidad nuestra, la que Dios ha tomado para caminar con nosotros; necesitamos que nuestras comunidades cristianas, nuestros barrios, nuestras ciudades se conviertan en lugares hospitalarios, acogedores, inclusivos. Y Venecia, que siempre ha sido lugar de encuentro y de intercambio cultural, está llamada a ser signo de belleza accesible a todos, empezando por los últimos, signo de fraternidad y de cuidado de nuestra casa común. Venecia, tierra que hace hermanos. Gracias.

28 de abril de 2024 - El Papa Francisco en Venecia

La oración Regina Caeli

Por las numerosas situaciones de sufrimiento en el mundo

Al final de la Celebración Eucarística, tras las palabras de acción de gracias del Patriarca Moraglia, el Pontífice dirigió el rezo del Regina Caeli y, a continuación, veneró en privado las reliquias del Santo Evangelista en la Basílica de San Marcos. A continuación, regresó a la cárcel de mujeres de la Giudecca, desde donde, tras despedirse de las autoridades civiles y religiosas que le habían acogido a su llegada, partió en helicóptero hacia el Vaticano, donde aterrizó a las 14.40 horas. Publicamos, a continuación, las palabras que el Papa pronunció al introducir la oración mariana del mediodía dominical, con llamamientos por Haití, Ucrania, Palestina e Israel, por los Rohingya y las «muchas otras poblaciones que sufren guerras y violencia».

¡Queridos hermanos y hermanas!

Antes de concluir nuestra celebración, quisiera saludar a todos ustedes que han participado. Doy las gracias de todo corazón al Patriarca, Francesco Moraglia, y con él a los colaboradores y voluntarios.

Estoy agradecido a las autoridades civiles y a la policía que han facilitado esta visita. ¡Gracias a todos! También desde aquí, como cada domingo, queremos invocar la intercesión de la Virgen María por las numerosas situaciones de sufrimiento en el mundo. Pienso en Haití, donde está

vigente el estado de emergencia y la población está desesperada por el colapso del sistema sanitario, la falta de alimentos y la violencia que empuja a la gente a huir.

Confiamos al Señor el trabajo y las decisiones del nuevo

Ucrania, en Palestina e Israel, en los Rohingya y en las muchas poblaciones que sufren la guerra y la violencia.

Que el Dios de la paz ilumine los corazones, para que en todos crezca la voluntad de diálogo y de reconcilia-



Consejo presidencial de transición, que tomó posesión el pasado jueves en Puerto Príncipe, para que, con el renovado apoyo de la comunidad internacional, pueda conducir al país a alcanzar la paz y la estabilidad que tanto necesita. Pienso en la atormentada

ción.

Queridos hermanos y hermanas, ¡gracias nuevamente por vuestra acogida! Gracias al Patriarca.

Los llevo conmigo en la oración; y ustedes también, por favor, no se olviden de rezar por mí, ¡porque este trabajo no es fácil!

Revolucionarios de la gratuidad

VIENE DE LA PÁGINA 4

porque Venecia nos dice que sólo remando con constancia se llega lejos. Si son ciudadanos venecianos, ¡aprendan a remar con constancia para llegar lejos! Por supuesto, remar requiere regularidad; pero la constancia recompensa, aunque cueste esfuerzo. Así que, chicos y chicas, esto es levantarse: ¡dejar que Dios te lleve de la mano para caminar juntos!

Y después de levantarse, ir. Ir es hacerse don, darse a los demás, la capacidad de enamorarse; y esto es una cosa hermosa: una persona joven, un joven que no siente la capacidad de enamorarse o de ser cariñoso con los demás, algo le falta. Ir al encuentro, caminar hacia el encuentro, avanzar.

Queridos hermanos, queridas hermanas, estoy terminando, ¡tranquilos!

Pensemos en nuestro Padre, que creó todo para nosotros, Dios nos ha dado todo: y nosotros que somos sus hijos, ¿para quién creamos algo bello? Vivimos inmersos en productos hechos por el hombre, que nos hacen perder el asombro por la belleza que nos rodea, sin embargo, la creación nos invita a ser creadores de belleza a nuestra vez, y a hacer algo que antes no existía. ¡Esto es hermoso! Y cuando se casen y tengan un hijo, una hija, ¡habrán hecho algo que antes no existía! Y ésta es la belleza de la juventud, cuando se convierte en maternidad o paternidad: hacer algo que antes no existía. Esto es hermoso. Piensen en su interior en los hijos que tendrán, y esto debe empujarnos hacia adelante, no seáis profesionales del tecleo compulsivo, ¡sino creadores de novedad! Una oración hecha con el corazón, una página que escribes, un sueño que realizas, un gesto de amor hacia alguien que no puede corresponderte: esto es crear, imitar el estilo de Dios que crea. Es el estilo de la gratuidad, que te saca de la lógica nihilista del «hago para tener» y del «trabajo para ganar». Esto hay que hacerlo -hago para tener y trabajo para ganar-, pero no debe ser el centro de tu vida. El centro es la gratuidad: den vida a una sinfonía de gratuidad en un mundo que busca el beneficio. Entonces seréis revolucionarios. ¡Adelante, entrégate sin miedo!

Joven que quieres tomar las riendas de tu vida, ¡levántate! Abre tu corazón a Dios, dale gracias, abraza la belleza que eres; enamórate de tu vida. Y luego, ¡ve! ¡Levántate, enamórate y ve! Sal, camina con los demás, busca a los solitarios, colorea el mundo con tu creatividad, pinta las calles de la vida con el Evangelio. Por favor, pinta las calles de la vida con el Evangelio. Levántate y anda. ¡Lo decimos todos juntos, unos por otros! [repiten: "¡Levántate y anda!"] No he oído... [repiten en voz alta: "¡Levántate y anda!"] ¡Me gusta!

Jesús te dirige esta invitación. A tantas personas a las que ayudó y curó, les dijo: «Levántate y vete» (cf. Lc 17,19). Escucha esta llamada, repítela en tu interior, guárdala en tu corazón. ¿Y cómo era eso? [repiten: «Levántate y vete»] ¡Gracias!

En la audiencia general, el Pontífice dirigió su pensamiento a Ucrania, Myanmar y a los numerosos países en guerra Palestina e Israel, dos estados libres y en paz

La fe, la esperanza y la caridad «fundan, animan y caracterizan la acción moral del cristiano». Lo ha recordado la mañana del miércoles 24 de abril, el Papa Francisco en la audiencia general en la plaza de San Pedro. Continuando el ciclo de reflexiones sobre los vicios y las virtudes, después de haber profundizado en las semanas pasadas en los primeros y, de estas últimos, las cardinales, introdujo el tema de los teologales.

Queridos hermanos y hermanas: En las últimas semanas hemos reflexionado sobre las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Las cuatro virtudes cardinales... Como hemos señalado varias veces, estas cuatro virtudes pertenecen a una sabiduría muy antigua, que también precede al cristianismo. Ya antes de Cristo se predicaba la honestidad como deber civil, la sabiduría como regla de las acciones, el coraje como ingrediente fundamental para una vida que tiende hacia el bien, la moderación como medida necesaria para no ser arrollados por los excesos. Este patrimonio tan antiguo, patrimonio de la humanidad, no ha sido sustituido por el cristianismo, sino bien enfocado, valorizado, purificado e integrado en la fe. Por lo tanto, hay en el corazón de cada hombre y mujer la capacidad de buscar el bien. El Espíritu Santo es donado para que quien lo acoge pueda distinguir claramente el bien del mal, tener la fuerza para adherirse al bien huyendo del mal y, al hacerlo, alcanzar la plena realización de sí mismo.

Pero en el camino que todos estamos haciendo hacia la plenitud de la vida, que pertenece al destino de cada persona -el destino de cada persona es la plenitud, estar llena de vida-, el cristiano goza de una asistencia particular del Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús. Se realiza con el don de otras tres virtudes, puramente cristianas, que a menudo se nombran juntas en los escri-



tos del Nuevo Testamento. Estas actitudes fundamentales, que caracterizan la vida del cristiano, son tres virtudes que diremos ahora juntas: la fe, la esperanza y la caridad. Digámoslo juntos: [juntos] la fe, la esperanza... ¡no escucho nada, más fuerte! la fe, la esperanza y el amor. ¡Bien hecho! Los escritores cristianos pronto las llamaron virtudes "teologales", ya que se reciben y se viven en relación con Dios, para diferenciarlas de las otras cuatro llamadas "cardinales", ya que constituyen la "piedra angular" de una buena vida. Estas tres son recibidas en el Bautismo y vienen del Espíritu Santo. Las unas y las otras, tanto las teologales como las cardinales, unidas en tantas reflexiones sistemáticas, han compuesto así un maravilloso septenario, que a menudo se contraponen a la lista de los siete vicios capitales. Así, el Catecismo de la Iglesia Católica define la acción de las virtudes teologales: «Fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y vivifican todas las virtudes morales. Son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la

garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano» (n. 1813). Mientras que el riesgo de las virtudes cardinales es generar hombres y mujeres heroicos para hacer el bien, pero en general solos, aislados, el gran don de las virtudes teologales es la existencia vivida en el Espíritu Santo. El cristiano nunca está solo. Hace el bien no por un titánico esfuerzo de compromiso personal, sino porque, como humilde discípulo, camina detrás del Maestro Jesús. Él avanza en la calle. El cristiano tiene virtudes teologales que son el gran antídoto contra la autosuficiencia. ¡Cuántas veces ciertos hombres y mujeres moralmente impecables corren el riesgo de convertirse, a los ojos de quienes los conocen, en presuntuosos y arrogantes! Es un peligro ante el cual el Evangelio nos advierte bien, allí donde Jesús recomienda a los discípulos: «También vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha ordenado, decid: "Somos siervos inútiles. Hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17,10). La soberbia es un veneno, es un veneno potente: basta una gota para estropear toda una vida marcada

por el bien. Una persona puede haber realizado incluso una montaña de obras benéficas, puede haber cosechado reconocimientos y elogios, pero si todo esto lo ha hecho solo para sí mismo, para exaltarse a sí mismo, ¿puede decirse que es una persona virtuosa? ¡No! El bien no es solo un fin, sino también un modo. El bien necesita mucha discreción, mucha amabilidad. El bien necesita sobre todo despojarse de esa presencia a veces demasiado engorrosa que es nuestro yo. Cuando nuestro «yo» está en el centro de todo, se arruina todo. Si cada acción que realizamos en la vida la realizamos solo para nosotros mismos, ¿es realmente tan importante esta motivación? El pobre "yo" se apodera de todo y así nace la soberbia.

Para corregir todas estas situaciones que a veces se vuelven penosas, las virtudes teologales son de gran ayuda. Lo son sobre todo en los momentos de caída, porque incluso aquellos que tienen buenos propósitos morales a veces caen. Todos caemos, en la vida, porque todos somos pecadores. Como también quien se ejercita cotidianamente en la virtud a veces se equivoca -todos nos equivocamos en la vida-: no siempre la inteligencia es lúcida, no siempre la voluntad es firme, no siempre las pasiones son gobernadas, no siempre el coraje supera al miedo. Pero si abrimos el corazón al Espíritu Santo -el Maestro interior-, Él reaviva en nosotros las virtudes teologales: entonces, si hemos perdido la confianza, Dios nos vuelve a abrir a la fe -con la fuerza del Espíritu, si hemos perdido la confianza, Dios nos vuelve a abrir a la fe-; si estamos desanimados, Dios despierta en nosotros la esperanza; y si nuestro corazón está endurecido, Dios lo enternece con su amor. Gracias.

La martirizada Ucrania, Palestina e Israel, Myanmar "que están en guerra" y

"tantos otros países": es una especie de mapa del dolor del que el Papa Francisco actualiza continuamente las fronteras, instando a rezar por la paz allí donde resuena el mortífero estruendo de las armas. También en la audiencia general en la plaza de San Pedro, como siempre hace en los encuentros semanales de los miércoles o asomándose a la cita mariana del domingo -tanto en el Ángelus como en el Regina Coeli, según el tiempo litúrgico- el Pontífice vuelve incansablemente a remarcar que «la guerra siempre es una derrota, y los que ganan más son los fabricantes de armas». De ahí la invitación a invocar la paz para el país de Europa oriental que «sufre tanto», recordando en particular a «los soldados jóvenes» ucranianos que «van a morir»; pero «también para Oriente Medio», en particular «para Gaza», víctima de continuas incursiones, y «por la paz entre Palestina e Israel», para que -es el deseo- «sean dos Estados, libres y con buenas relaciones».

También es constante la preocupación del Pontífice por el país asiático que visitó en noviembre de 2017, y por cualquier otra tierra en la que corra la sangre a causa de los conflictos. Al saludar a los grupos de fieles presentes en la plaza de San Pedro, el obispo de Roma alude también a dos celebraciones: mañana, jueves 25, la fiesta de San Marcos, «el evangelista que describió con vivacidad y concreción el misterio de la persona de Jesús»; y el sábado 27 el décimo aniversario de la canonización de San Juan Pablo II. «Mirando su vida -explica- podemos ver lo que el hombre puede lograr aceptando y desarrollando en sí mismo los dones de Dios: fe, esperanza y caridad». Y precisamente a estas últimas virtudes teologales estuvo dedicada la catequesis.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Espíritu Santo que nos conceda la gracia de creer, esperar y amar a imitación del Corazón de Cristo, siendo sus testigos en toda circunstancia. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. - Muchas gracias.